

solo sufrieron la pena más de doseientos hombres que eran inocentes.

Ese acontecimiento, al cual no se le podrá quitar nunca el carácter de un asesinato en masa, es uno de los puntos oscuros en la vida gloriosa y brillante de D. Benito Juarez.

En el momento en que se observó el movimiento de fuga que había en la Ciudadela mandó tomar los fusiles y al observar que no eran suficientes para el momento avanzó para dar el ejemplo. Ya no hizo más que mandar la artillería en la fortaleza y los sitiados se rindieron con facilidad en unas pocas horas.

Después de haber sido recibidos en la plaza de San Juan que primero fueron recibidos todos los que se salvaron, el capitán Arredondo se salvó casi por casualidad. Después se llevó a los cuarteles y otros.

Y al mismo tiempo a los soldados sin que escaparan de un solo de los que habían sido prisioneros. Después de haber sido recibidos en la plaza de San Juan mandó que se les llevara a los cuarteles y otros.

El general García de la Cadena que estaba en México cuando lo de la Ciudadela, corrió a ponerse al frente de sus fuerzas y lo mismo hicieron otros generales que estaban a la expectativa en la ciudad y para quienes aquel suceso sirvió como de señal para lanzarse al combate.

CAPITULO XIII.

EN CAMPAÑA.

La hecatombe de la Ciudadela no produjo el terror que sin duda alguna se propusieron sus autores, pues que los movimientos revolucionarios lejos de abortar con aquel golpe, empezaron á menudear por todas partes.

El general Porfirio Diaz, sostenido por su hermano D. Félix que era el gobernador de Oaxaca, se pronunció en la Noria, expidiendo el plan que le había remitido Benitez como aprobado por el Directorio; los generales Treviño y Naranjo impulsados por la comision compuesta de Carlos Diez Gutierrez y Juan Muñoz Silva se pronunciaron en Monterey, quedando autorizado el movimiento por la misma legislatura; Pedro Martinez que habia sido el primero como siempre en lanzarse á la pelea, habia atacado ya en camino de S-

Luis al Saltillo el convoy que iba custodiando con 800 hombres el general Florentino Carrillo; en la Sierra de Puebla se habían levantado Mendez, Bonilla, Lucas y quien sabe cuántos otros, lo mismo que por todos lados se notaban levantamientos de más ó ménos consideracion.

El general García de la Cadena que estaba en México cuando lo de la Ciudadela, corrió á ponerse al frente de sus huestes zacatecanas y lo mismo hicieron otros generales que estaban á la expectativa en la capital y para quienes aquel suceso sirvió como de señal para lanzarse al combate.

Donato Guerra insistió en su licencia, se la dieron y se fué luego á Durango á ponerse al frente de los muchos partidarios que se habían comprometido á seguirlo en aquel movimiento antijuarista.

Los nombres de todos esos caudillos que mucho habían combatido por la libertad tanto en la guerra de reforma como en la del imperio, daban el mayor prestigio á la revolucion, y sobre todo, la actitud de nuestro jefe el general Porfirio Diaz, que de seguro no habia de haber querido manchar todos sus timbres gloriosos, solo por satisfacer una indigna ambicion personal. De seguro que si él se lanzaba á la revuelta, era porque estaban peligrando las libertades públicas en manos de los hombres que gobernaban. Los nombres por lo mismo tanto de Porfirio Diaz, como de Treviño, Naranjo, García de la Cadena, Mendez, Bonilla, Marquez de Leon, Mier y Terán, Epitacio Huerta, Pedro Martinez y sobre todo la accion ca-

ballerosa que acababa de señalar como á un héroe de la edad media al general Donato Guerra, entregando sus fuerzas y su dimision al gobierno para poderle tirar el guante en seguida, dieron suficientes garantias al partido liberal, inspiraron confianza al pueblo é hicieron el movimiento revolucionario extraordinariamente popular.

Fué al menos el juicio que me pude formar, al haber atravesado media República, para llegar al seno de la Sierra Madre en el Estado de Nuevo Leon en donde me habia dado cita el más bravo y el más patriota de los jefes de la frontera.

Por donde quiera que pasaba, las mismas autoridades se apresuraban á saludarnos, y léjos de tener que ocultar mis proyectos y hasta mi nombre como en otras muchas ocasiones, les iba diciendo ambas cosas á todo el mundo, lo que era para mí el mejor pasaporte y la mejor escolta.

Sin ningun tropiezo, pues, pude llegar con mi pequeña comitiva á Galeana en dónde fuí magníficamente recibido por el coronel D. Francisco Martinez que en ausencia de su hermano D. Pedro, ejercia allí la autoridad civil y militar.

La pequeña poblacion de Galeana estaba convertida en una plaza de guerra: casi en todas las casas se estaba construyendo vestuario para la tropa y bajo la direccion, del general Vega estaba ya establecida una maestranza que elaboraba á gran prisa cartuchos de papel, granadas de mano y tiros de cañon, para una pieza de montaña que se habia desenterrado en Pabli-

llo. De allí tambien se habian sacado algunos mosquetes que estaban componiéndose, limpiándose y dotándose de municiones para ponerlos en brazos. Estos no faltaban puesto que diariamente estaban llegando partidas desde dos hasta veinticinco hombres, los cuales acudian al llamamiento que se les habia hecho por conducto de las mismas autoridades. En la Sierra las autoridades siempre son las mismas, y aunque ostensiblemente se hallan á las órdenes de los gobiernos establecidos, llegado el momento oportuno no obedecen sino á sus naturales caciques, es decir á aquellos que por su valor ó por su dinero han logrado imponérseles.

Se habia expedido una circular hacía quince días y todos acudian á alistarse acatando las órdenes de sus jefes, sin meterse á averiguar si el movimiento iba á emprenderse en contra del gobierno general ó en contra del gobierno del Estado. Esos rancheros de la sierra siempre están listos para pelear, y saben hacerlo, cuando se les convida, es la expresion de que se sirven, por un jefe en que ántes hayan sabido tener confianza.

—Y el general? pregunté á Francisco Martinez.

—Salió á campaña, me contestó.

—A campaña! ¿y con qué tropas?

—Con unos doscientos hombres que se mal equiparon apresuradamente; pero importaba pegarle un golpe á Florentino Carrillo.

No me acuerdo si me nombró la Angostura, la Enantada ó la Escondida, como el punto más apropó-

sito para dar una sorpresa á aquella fuerza. En resumen el paso era tan audaz cómo peligroso y en poco estuvo de que no diera los más felices resultados. A no haber salido herido el general Martinez en los primeros tiros que le disparó la columna enemiga ya desconcertada, la derrota de esta hubiera sido infalible y la ocupacion del convoy su consecuencia inmediata.

Esta fué la escaramuza que nosotros presenciámos desde una de las cumbres que íbamos atravesando para penetrar en la Sierra.

Desde nuestro punto de observacion parecia aquello un juguete; pero segun los pormenores que obtuvimos despues de los testigos presenciales que se hallaron en la refriega, aquello fué serio y pudo ser de más serias consecuencias todavía.

La pequeña fuerza montada, de Martinez, se retiró del campo sin sufrir ningunas pérdidas ni ser molestada y la columna respetable del gobierno continuó apresuradamente su marcha para el Saltillo, en donde era esperada con ansia para reforzar los elementos de la plaza.

La herida del general Martinez no era grave, aunque pudo serlo, porque no se le atendió en forma sino hasta que llegó á Galeana. Mientras se le hacia la curacion, nosotros continuamos organizando con actividad nuestras fuerzas hasta formar una columna de seiscientos hombres, infantería, caballería y artillería. Esta última no valia gran cosa.

A esa sazon y cuando ya el general se encontraba

completamente restablecido, llegó Muñoz Silva con pliegos del cuartel general. El cuartel general se denominaba el del general Treviño que se encontraba en Monterey. Tenía un mes de pronunciado, y contando con los elementos del gobierno le suponíamos una fuerza de dos ó tres mil hombres.

Mandaba órdenes para que nos incorporáramos á su fuerza, que iba á moverse ya sobre la plaza del Saltillo. Nuestra incorporacion debia verificarse en un punto intermedio que se llama San Gregorio.

Aunque el cuartel general no nos auxiliaba con ningunos elementos de boca y guerra, tuvimos que proceder, como pudimos, á verificar nuestro movimiento, sujetándonos al rancho de la tropa tambien los oficiales, porque no habia un solo peso en la caja de la pagaduria general, para satisfacer ni la parte mas mínima de nuestros haberes.

Cedí mi puesto de jefe de Estado Mayor, á mi antiguo Juan Muñoz Silva, y me conformé con desempeñar los cargos de asesor de guerra y secretario en campaña, componiendo yo solo aquella que no dejaba de ser una complicada y laboriosa oficina.

Si nos hubiéramos limitado á una mision pasiva, esperando que las circunstancias nos pusieran en la alternativa de combatir ó de defendernos, nuestra situacion habria sido mas fácil; pero el general Martinez era emprendedor é infatigable, y cuanto dinero le llegaba á las manos, lo empleaba en enviar correos y exploradores, tanto á los lugares en donde se encontraba el enemigo, como á aquellos en donde teníamos

esperanza de ser secundados, manteniendo una correspondencia nutridísima con infinidad de personas, con tal que estuvieran en cualquier actitud de servirnos. Así es que tanto en el dia, en las pocas horas que dábamos descanso á nuestras columnas, como en el silencio de la noche, en que todos dormian, nosotros trabajábamos, escribiendo nuestras notas, muchas veces debajo de un árbol, alumbrados por la candente luz de una hoguera vecina.

Nuestro campamento tenia el mejor vigilante en el mismo general Martinez que, acostumbrado durante la guerra de la intervencion á tener siempre muy cerca de sí á los franceses, no podia escuchar el menor ruido sin que se pusiera en asecho, registrando personalmente todas las avenidas y escondrijos.

A esto se debe que nunca haya sufrido mas sorpresa que la de Charco Escondido, en la que hubo las circunstancias especiales que conocen nuestros lectores. Cuando vino cubriendo la retaguardia del ejército mexicano, siempre detuvo á tiempo el impulso de los zuevos, y nunca lograron aquellos, á pesar de sus movimientos rápidos y audaces, encontrarlo desprevenido.

En esta vez, como si á él estuviera confiado el éxito de la revolucion, aparte de las varias proclamas, actas de adhesion, decretos y manifiestos que me hizo formularle, llevando su prevision y entusiasmo por la publicidad, al extremo de sacar un pequeño ramo de imprenta á campaña, para la publicacion de nuestro *Boletín*, mandó emisarios á García de la Cadena, á Donato Guerra, á Borrego, á Narvaez y á otros mu-

chos generales de varios Estados con quienes anteriormente habíamos estado en inteligencias.

En donde quiera que se encontraba un jefe ú oficial de cierta importancia, de los que nos habían acompañado en nuestras expediciones anteriores, era seguro que recibía una invitación para empuñar las armas con los elementos que pudiera reunir, y si no reunía ningunos para que se incorporara á nuestro cuerpo de ejército, en donde tenía de antemano la garantía de ser recibido cordialmente.

Así fué cómo, en poco tiempo, pudimos contar con un cuadro de buenos oficiales, para cuando estuviéramos en posibilidad de organizar una division de tres ó cuatro mil hombres.

Los que veíamos de cerca la actividad, decision y buenas intenciones de aquel valiente jefe, lamentábamos que no estuviera en un teatro mas vasto en donde pudiera disponer de mayores elementos, seguros de que sabría mejor que cualquiera otro aprovecharlos.

Por mi parte, conocia poco las dotes militares de los generales Treviño y Naranjo, á cuyas órdenes íbamos á militar en lo sucesivo, imponiendo silencio á las aspiraciones que tuviéramos respecto de los horizontes que iba á abrirnos la revolucion: puedo decir que tenía formado de los dos afamados fronterizos el juicio mas ventajoso; pero cualesquiera que fueran sus cualidades, me sentía pesaroso al considerar que el general Martinez iba á verse subalternado á ellos, no por la gloria, ni por el prestigio, ni por la ambicion,

que alguna habia de satisfacer al elevarse mi jefe, sino porque creia que solo él conocia á fondo el arte de revolucionar.

—¡Ah! exclamaba, yo en mis conversaciones íntimas, si Pedro Martinez fuera el jefe militar de toda la Frontera, se podia responder con la cabeza del triunfo de la revolucion.

A las pocas noches llegamos á un punto llamado Las Palomas, en donde tuvimos algunos tiroteos con el enemigo, que en guerrillas se habia mandado á observarnos.

Al dia siguiente, montamos á caballo el general Martinez y yo, para ir solos á un punto aislado en que por un resto de desconfianza nos habia dado cita el general Treviño.